

Creación



ERNESTO DE LA CÁRCOVA (1867-1927). Detalle de *Sin pan y sin trabajo* (Óleo). Museo Nacional de Bellas Artes. Buenos Aires, Argentina.

Samaël

GRUNT, EL HACEDOR DE LLUVIAS.

Camino como un autómatas, rumbo a la terminal de transporte de pasajeros de Asunción; cansado, aburrido, abatido, desparramado, perdido y con la mente demente nublada por densos pensamientos descamados.

Debo dirigirme cerca de la ciudad de C...en la frontera nordeste para visitar a parientes políticos despolitizados. Nada más cruel que un viaje largo y solitario como penitencia de ermitaño. Para peor, en un vehículo cerrado y expuesto a fumadores y aficionados a la pavada musical tropicalizada. Tropiezo por décima vez, —aunque sin caerme del todo, en las derruidas veredas de flojas baldosas y desprovistas de estética— maldiciendo *in mente* a los ediles y propietarios frentistas de la zona por su desidia en reparar estas averías públicas y en mantener árboles en buen estado destructivo, con sus raíces sobresaliendo entre baldosas rotas.

Mi equipaje —magro por otra parte— pesa menos que las nubarras ideas que zapatean su danza macabra en mis neuronas fatigadas y desacompasadas de la realidad. Observo de reojo mi viejo reloj, como buscando acelerar los minutos que me restan para abordar el bus, para que partiera a destino sin demora. Para mi desconuelo, aún queda tiempo para proseguir aburriéndome en los semisucios andenes; rodeado por voraces e insistentes vendedores de chipas, empanadas, relojes truchos y chucherías varias, que pululan por la rodoviaria asuncena como pulgas en perrera y piojos

escolarizados. Me siento en una apestosa cantina, reojeando nuevamente mi reloj para ver cuánto me resta para el abordaje. El boleto de viaje en compañía de mis documentos personales, hace un bulto tranquilizante en mis bolsillos. Ordeno maquinalmente una gaseosa y echo un vistazo al arrugado y cuasi-jubilado periódico del día anterior que aún cargo conmigo. Nada nuevo, nada anormal, nada sobresaliente. Continúan las huelgas interminables, el malestar popular insatisfecho, los desfalcos, violaciones, asaltos y malversaciones al erario de costumbre. Nada nuevo. Lo sensacional sería un día libre de malas noticias, pero aún no me he mudado a Utopía.

Tal vez fuese mucho pedir, algo de raciocinio a los políticos. Es el destape nacional en su peor acepción. Una sombra se interpone entre la mortecina luz del local y la astrosa página del diario. Alzo la vista para contemplar un par de ojos relampagueantes, que me disparan una mirada misteriosa y alucinante. El desconocido, se me acerca y tras saludarme y pedirme permiso para compartir la mesa, me espeta a bocajarro, como quien dispara a un blanco fijo con ventaja:

—Espero no incomodarlo. Yo también debo viajar a C.. y creo que seremos compañeros de asiento. Para un largo viaje, es mejor una compañía entretenida ¿No lo cree Ud.? Me llamo Luis Dantón Sciffer y soy...digamos, tratante de libros y antigüedades. ¿Me permite invitarle algo más espiritioso que esa basura química con azúcar?— dijo displicentemente señalando mi *cualquiercola*, aún a medio beber. La sorpresa me dejó patitieso. ¿Cómo sabría que seríamos compañeros de asiento? No recordaba haber comentado con nadie mi viaje. El desconocido — hasta ese momento por lo menos— me alcanzó una original y primorosa tarjeta, donde además de su nombre, declamaba sus especialidades comerciales: Libros antiguos, piezas de colección y armas en desuso, entre otras.

—Puede hacerlo— respondí.— Pero se lo agradezco. Soy algo abstemio. Especialmente cuando debo entrar a mi pesar en el tedioso espacio de los viajes terrestres.

—No se preocupe. Lo comprendo—respondió el anticuario. Tras mirar hacia ninguna parte, prosiguió: —Pero supongo que no será abstemio a los libros raros. ¿Le interesaría una edición antigua del *Necronomicón*? Tengo un ejemplar impreso en Madrid en 1976, con un prefacio de Jiménez del Oso. Versión castellana de la edición primitiva de Antwerpen 1577, traducida por el Dr. John Dee, mago y vidente de Isabel I. O quizá prefiera una edición de lujo original aunque algo ajada, de los *Evangelios Apócrifos*. Jorge Luis Borges se ha nutrido de estas fuentes. Y bien que las aprovechó. ¿No lo cree? También le ofrecería algo que Ud. intuye que existe, pero también duda: el *Bardo Thödol* tibetano.

Mi sorpresa fue de salto en salto. ¿Estaría volviéndome loco? ¿Cómo pudo adivinar el sujeto éste, que me interesaba por la literatura maldita y los libros apócrifos? Su incandescente mirada y su inocente (en apariencia) expresión, ocultaban algo. Recordé que el mago John Dee fuera uno de los cabecillas de la sociedad secreta de la Rosa Cruz, allá por el siglo XVII, Otros literatos ingleses, irlandeses y escoceses, entre ellos Mary Woolstonecraft (autora de «Frankenstein») y su marido Percy B. Shelley, fundaron la Golden Dawn, una suerte de logia neopagana. En cuanto al *Necronomicón o Libro de los nombres muertos*, había leído acerca de él en los cuentos de Lovecraft, aunque el anticuario no lo mencionara a éste como posible creador del delirante panfleto literario.

La voz susurrante del tratante de chatarra bibliográfica, me alertó nuevamente: —Comprendo su perplejidad ante mi atrevimiento, y le ruego su confianza hacia mi persona. Nos espera un largo periplo trasnochado, por lo que, tendremos tiempo de sobra para intercambiar un agradable y esclarecedor diálogo sobre algunos temas que le interesan. Se preguntará —sin duda— cómo supe que Ud. viajaría conmigo. Muy simple. Me fijé en su maleta, donde está su nombre en el portaplaques. Cuando compré mi boleto a C... he visto su nombre en la lista de pasajeros y solicité el asiento contiguo al suyo. Es todo. Por otra parte, soy experto psicólogo y sé cuando alguien se interesa por las cosas ocultas a las mentes vulgares y profana; es decir: a las mayorías imbéciles del rebaño humano. Su anillo tiene un antiquísimo emblema iniciático, si no me equivoco.

—¿Es Ud. taumaturgo o francmasón acaso? pregunté algo amoscado. —No me irá a hacer creer que este encuentro ha sido casual o fortuito. No creo en el azar ni en la suerte y menos aún en la psicología; esa especie de charlatanería de feria, hija bastarda de la filosofía neoplatónica y el «I-Ching».

—No, por favor— replicó mi interlocutor. —Quizá lo hubiese sido en otros tiempos, en los que la hermandad era realmente una fraternidad espiritual, alejada de las cosas terrenales, como el poder, el dinero y la política. Ahora es una asociación mundana que no busca la autosuperación, sino otras cosas más tangibles y mensurables; como el placer y el áureo metal de la vanidad y la banalidad. En cuanto a lo que aseveré sobre la psicología, le doy la razón. Fue creada para domesticar a los espíritus rebeldes y turbulentos, para tranquilidad de una sociedad burguesa amiga del orden establecido. Usted y yo, somos almas transgresoras y sólo nos domesticaría lo trascendental.

Asentí con un gesto ante sus enigmáticas palabras. Luego miré mi reloj y llamé a la garçonette para abonar lo consumido. Había llegado la hora de abordar el ómnibus, aunque aún no las tenía todas conmigo respecto al singular Sr. Luis Dantón Sciffer —o como se llamase después de todo— y su chachara vendedora.

Tras verificar nuestros tickets, el atento copiloto de la terrenave nos indicó nuestros asientos; me tocaba el de la ventanilla, por suerte. No imaginaba la aventura que me aguardaba en este viaje, gracias a mi singular acompañante. Nos arrellanamos en las butacas reclinables y recordé al viejo periódico abandonado y solitario en una mesa de la mugrosa cantina, en la cual nos conociéramos largos minutos atrás. Tal vez sería usado para viles menesteres ajenos a la información, como es el destino de casi todos los papeles salidos de las prensas amarillas o de otros tonos cromáticos desinformáticos, y tal vez de toda letra impresa: lós inodoros y coprotecas públicas, o como envoltorios de mercado. —No se preocupe por su lectura— exclamó el anticuario de edad indefinida. —Lo que puedo asegurarle es que no la pasará bostezando, a menos que... cambie de asiento.

Su tono irónico no despertó mis sospechas sobre lo que me esperaba, ni intuí que en este viaje viviría muchos viajes sin salir de ese cubículo de acero, aluminio y cristales sobre ruedas que nos llevaba cual presa deglutida y sin digerir aún, en sus herméticas entrañas climatizadas.

—Creo haber percibido que tiene el Necronomicón— dije. —¿Lo lleva encima o sólo me está tentando con una manzana prohibida?

—Lo llevo conmigo— repuso. —¿Cree Ud. en la sincronicidad?— preguntó a su vez el tratante de papiros impresos. —Según Carl Gustav Jung, no existen las casualidades, sino que, cada ser está predestinado a encontrarse con sus pares en el momento preciso de un cruce espacio-temporal. Tal vez sea cierto. Por lo que a mi respecta, hace tiempo que lo buscaba, aunque no lo sabíamos ambos. También Ud. trataba de encontrarme para disipar ciertas dudas, digamos... de índole interna, que le corroen la conciencia casi desde su infancia rebelde y contumaz. Pero claro, tampoco lo sabía. En el fondo no sabemos nada pero intuimos todo lo que puede estar al otro lado del espejo de los sueños. No todo es material en esta ensalada cósmica en que nos toca vivir.

(...)

Fragmento